



Berta Taracena y la grandeza del arte mexicano

LUZ GARCÍA MARTÍNEZ

A mi hermano José Alberto,
con todo mi cariño

Es una fría mañana del pasado diciembre, Berta Taracena me abre la puerta de su casa en la colonia Condesa. Alta y delgada, viste un suéter y pantalón de color rojo, me invita a pasar a la sala, una espléndida galería con óleos de artistas como Francisco Corzas, grabados de Rufino Tamayo, obras de arte prehispánico, virreinal, moderno y contemporáneo e infinidad de fotografías de la crítica de arte que muestran diversas etapas de su vida. Una serie de viñetas de José Luis Cuevas atrae mi atención, está fechada el 24 de marzo de 1980, trato de anotar en mi libreta lo que le escribe Cuevas:

“París: Queridísima Berta: Desde hace semanas estoy en París trabajando mucho. Después iré a Barcelona para trabajar durante dos meses en una nueva serie de grabados... Aquí en París trabajo mucho en exposiciones y en un libro que sobre mis dibujos y textos se publicará en francés. Aquí en París suceden pocas cosas de interés. De exposiciones la única que vale la pena es la de Monet. La de Dalí, siniestra con excepción de algunos cuadros pequeños de la primera época. Me imagino que tú como siempre estarás muy activa... José Luis Cuevas...”

No alcanzo a copiar la totalidad del texto porque Berta Taracena inicia el diálogo; siento frustración, la crítica sonrío y me dice que no me preocupe. Y efectivamente, después, al

revisar su libro *Estética del Arte Mexicano en el Tiempo*. Berta Taracena. Pensamiento y obra. México, 2006, veo que estos dibujos, así como diversos materiales de artistas, además de los escritos, cartas, diplomas y fototeca de la autora, se reproducen en este espléndido catálogo sobre el arte mexicano, que resume también su trayectoria durante más de cuarenta años de investigación y crítica de arte.

Para Berta Taracena la crítica es una disciplina y la estética es el arte de sentir. “El arte tiene gran importancia en la construcción de la historia e identidad de cada nación. He realizado varios libros sobre la pintura y sus autores y no quería terminar mi trayectoria, sin hacer una obra como esta que resume la continuidad histórica en el arte, su monumentalidad y lo grandioso en lo que comunica o en su resumen estético.”

Su libro es una obra dividida en siete capítulos, un disfrute visual del arte mexicano con los murales de Bonampak, la Coatlicue, el Altar del los Reyes, así como obras de Rufino Tamayo, José Clemente Orozco, Diego Rivera, Roberto Montenegro, José María Velasco, Francisco Corzas, Ricardo Martínez, Sebastian, Francisco Toledo, José Guadalupe Posada, Alfredo Zalce, Juan Soriano, Luis Barragán, Francisco Zúñiga, Raúl Anguiano, Mario Orozco Rivera, Arnold Belkin, Guillermo Cenicerros, Vicente Gandía, Manuel Felguérez y otros, acompañado de reproducciones de textos y diversos materiales.

Un collage iconográfico, literario e histórico del arte mexicano sobre el cual charlé con su autora, mientras íbamos revisando su obra que nos muestra la estética del arte mexicano en el devenir del tiempo.

Una pasión: la crítica de arte

Berta Taracena, quien en octubre pasado recibió la presea “Savia del Edén”, en el marco del IV Festival Cultural CEIBA, en Villahermosa, Tabasco, donde se le rindió un homenaje por su trayectoria, nació en la ciudad de México en 1925. Sus padres fueron Antonio Taracena Alpuin y Consuelo Cisneros Avilés.

Estudió la maestría y el doctorado en Historia de México en la Facultad de Filosofía y Letras, en la Universidad Nacional Autónoma de México, y se interesó especialmente por la historia del arte mexicano: “clases que impartían Salvador Toscano en Arte Prehispánico, Francisco de la Maza, en Arte Virreinal y Justino Fernández, en Arte Moderno y Contemporáneo. Así me inicié en estos estudios que me han permitido desarrollar mi carrera de crítica de arte.”

En 1953, fue Secretaria General del Museo de Artes Plásticas del Palacio de Bellas Artes y de 1955 a 1958, fue Directora del Museo de San Carlos.

“En 1965, Jorge Juan Crespo de la Serna, me invitó a formar parte de la Asociación de Críticos de Arte, por los estudios que él sabía que yo tenía sobre arte mexicano. Ese mismo año empecé a



Peter Saxer

publicar en el suplemento cultural del periódico Ovaciones, cuando cruzando un día en Paseo de la Reforma, Alfredo Leal Cortés me propuso hacer un artículo sobre la pintura en la época de Shakespeare. Después me solicitó otros sobre Historia del cartel gráfico en Europa y el arte en la época de Miguel Ángel. Así, le entregué tres artículos monográficos y luego me pidió que me hiciera cargo de la sección de Artes Plásticas de Ovaciones y le dije: ‘Solo que me dejes a mí la elección del tema y que sea sobre arte mexicano’. Entonces Alfredo Leal abrió una sección sobre Crítica de arte, donde empecé a escribir colaboraciones semanales.

“Después, ahí mismo, Emmanuel Carballo me pidió que me hiciera cargo de la página de arte de la revista Tiempo, recuerdo que me dijo: ‘Berta, ¿por que no te haces cargo, en ella jamás nadie te va a leer?’, pero al poco tiempo empecé a tener popularidad, ya que el pintor ecuatoriano Oswaldo Guayasamín pidió que los colaboradores de las secciones culturales firmaran sus artículos, ya que le había gustado mucho un artículo que escribí sobre su obra y que se publicó en 1968.”

– ¿Cómo fueron los inicios de Berta Taracena en la crítica de arte?

No procedía por el nombre de los artistas, mi guía eran las exposiciones semanales. Tanto Margarita Nelken, Juan Crespo de la Serna, Pablo Fernández Márquez y todos los que colaborábamos en periódicos o revistas seguíamos el sistema de ocuparnos no precisamente de un artista, sino de la exposición semanal de los museos y galerías, siempre había algo interesante.

–¿Qué tan importante es la crítica para un artista?

Eso depende de cada artista, de cómo quiere manejar la difusión de su obra y cómo aprecie la valoración que hacen de su propia trayectoria. Un pintor sin colección de escritos, no tiene estructura en su trabajo y es muy importante la valoración crítica de la obra de un artista. Sin embargo, cada artista enfoca de manera diferente el valor de la crítica y le da un uso diferente también. Algunos pintores me buscan para que haga una crítica a su trabajo y aun contestando que no conozco su obra, me responden que la voy a conocer porque inmediatamente nos vamos a su estudio a empezar el análisis, es decir, para ellos es fundamental que un crítico se adentre y conozca lo que hacen.

Un artista debe tener sentido histórico para ubicar su obra, capacidad de expresar su tiempo y su circunstancia, que sea un

reflejo de la época en que vive y que la exprese con fuerza y con idea intelectual de lo que está realizando. Es decir, que tenga tendencia a formar parte de la historia y no sea solo un testimonio pasajero de su momento, que tenga inclinación a quedarse en el tiempo y en las circunstancias en que vive.

A mí me han importado más el país y la historia, que la personalidad del artista. Juzgo al artista como parte de esta historia y de esta cultura que me maravilla y llamo la Estética del Arte Mexicano. Yo puedo ubicar al artista por su lenguaje y por su objetividad dentro de este encuadre; entonces para mí es un artista preferido, no tanto me atraen por su importancia en particular, sino como parte de esta pasión que es el arte mexicano a través del tiempo.

Una obra: 40 años de trabajo

—¿Cómo surge su libro *Estética del Arte Mexicano en el Tiempo*, que también es una recopilación de su trabajo como crítica de arte?

Surge porque era para mí una necesidad resumir en un volumen mi esfuerzo de más de 40 años de trabajo y sobre todo, basado este esfuerzo, en mi idea de la continuidad histórica del arte mexicano. Durante un homenaje que me hicieron en Cancún, en el año 2000, surgieron los primeros intentos de obtener esta publicación. Así, fui formando una idea más concreta basada en mi archivo de trabajo, para dar forma a un libro.

—¿En qué se basó esta selección de ensayos?

Me base y me guíé por mi archivo cronológicamente, pero más que selección me guíé por el grueso de la obra que tenía algún interés estético, histórico, artístico o social para la publicación que yo quería.

—¿El libro es también un documento cronológico y educativo del arte en México?

Bueno, eso es ya como lo considere el público, ésa es mi intención, pero les dejo a los lectores saber qué tanto provecho pueden obtener del libro, cómo los puede auxiliar en una investigación para aclarar ideas o para apoyarse en su contenido. Espero que sea un libro propedéutico, un libro de consulta, de apoyo educativo, eso se lo dejo al público lector, no lo puedo decir yo misma.

Recuerdos de Justino Fernández

—¿Cómo conoce al gran crítico y arquitecto Justino Fernández?

Tuve la suerte de estudiar en la Facultad de Filosofía y Letras de la UNAM, cuando había una pléyade de maestros extraordinarios como Francisco de la Maza, Edmundo O'Gorman, Eduardo Nicol, Rafael Heliodoro Valle, Rafael García Granados y dentro de esta lista maravillosa tuve la suerte de conocer y tratar a Justino Fernández.

—¿Qué clase le impartió?

Arte contemporáneo, pero nos daba la clase no histórica ni cronológicamente sino a partir de lo más actual de entonces, que era de 1950 a lo anterior. Eso nos formó un criterio que era a la vez moderno e histórico, contemporáneo y antiguo, actual e inclinado a respetar las raíces y así fui formando esta idea de considerar el arte mexicano como una continuidad histórica: que va desde el pasado hasta el presente o sea desde lo prehispánico a lo actual, a lo contemporáneo.

—¿Cuáles son esas características que pueden definir esta continuidad del arte mexicano?

Mi primer ensayo en el libro es sobre el doctor Justino Fernández, recuerdo que cuando él murió, el Instituto de Investigaciones Estéticas de la UNAM me encargó un trabajo para publicarlo en su boletín, porque decían que de sus discípulas, yo destacaba entre las más inclinadas a tomar sus ideas como un modo de pensar y de sentir.

Justino Fernández es el autor de esa trilogía maravillosa sobre un volumen para arte prehispánico, otro para arte virreinal y un tercer volumen para arte moderno y contemporáneo y yo me formé y trabajé guiándome por estas ideas que sentía totalmente afines a mi manera de ser y de pensar.

—Raúl Anguiano decía que Justino Fernández es el padre de la crítica moderna mexicana y el libro *Estética del arte mexicano* (México, unam, 1972), es una obra monumental sobre el arte moderno y contemporáneo de nuestro país.

Sí, pero no debemos olvidar que don Manuel Toussaint fue el fundador del Laboratorio de Arte después llamado Instituto de Investigaciones Estéticas de la UNAM y que ellos a su vez tomaron de su maestro Manuel Toussaint estas ideas de lo histórico, tenemos que recordar que don Manuel era especialista en arte virreinal y en el Instituto de Cultura de Guanajuato, me

encargaron un volumen sobre Mateo Herrera que me resultó interesantísimo porque fue nada menos que el primer clasificador de la Pinacoteca de San Carlos, incluyendo toda la pintura mexicana de la escuela del arte Colonial que se encontraba en esta colección, entonces ahí encontré datos valiosísimos de la amistad entre Mateo Herrera y don Manuel Toussaint y a la vez, de la amistad de todos ellos con Carlos Pellicer Cámara, el padre de Carlos Pellicer.

Así, el primer capítulo de mi libro versa sobre la obra de Justino Fernández, donde analizo ampliamente sus tres volúmenes: uno sobre la Coatlicue, arte prehispánico; otro sobre el Altar de los Reyes, arte virreinal y otro sobre la obra de José Clemente Orozco, los frescos del Instituto Cabañas de Guadalajara, arte contemporáneo.

José Clemente Orozco, Diego Rivera y Siqueiros

- ¿Por qué José Clemente Orozco?

Bueno, eso es cosa de Justino Fernández, él era un apasionado admirador de Orozco y su obra es fundamental tanto como la que dejó en México como en Estados Unidos, su obra mural, de caballete, grabados, todo lo que tú quieras, entonces es una selección de Justino que yo acepté ampliamente, aunque yo tenía otras pasiones como Diego Rivera, David Alfaro Siqueiros, Rufino Tamayo y muchos otros, me abrí a todo tipo de expresiones y manifestaciones plásticas ya que mi trabajo era entregar uno o más artículos a la semana, y debía buscar temas por diferentes rumbos.

-¿Conoció a todos estos artistas?

Si los conocí pero nunca llegué hasta el estudio de Orozco, porque no vivía en México y yo no tenía muchas facilidades para viajar y más bien, me apegaba a los artistas que tenía más cerca, dentro de la ciudad.

-¿Cómo era el trato con Diego Rivera? ¿De Siqueiros y Tamayo, que diferencias y coincidencias hay?

Son preguntas muy interesantes. Diego Rivera era un hombre genial, abierto, tenía gran olfato para detectar a los jóvenes inteligentes que se acercaban a él, siempre me trató de maravilla y creo que él sentía mi gran admiración por su obra.

Mis hermanas Consuelo, Gloria y yo tuvimos la fortuna de ser invitadas por Fernando Gamboa a montar la sala de acu-

relas en la exposición 50 años de la obra de Diego Rivera que se inauguró en el Palacio de Bellas Artes en 1950. Fue una experiencia maravillosa, recuerdo que era un domingo y el martes llegaba el Presidente Miguel Alemán a inaugurar la exposición y la sala de acuarelas no estaba ni siquiera clasificada, entonces nos dijo Gamboa: “métanse ahí, elijan las acuarelas y cuélguelas”, este dato se registra en el catálogo publicado por el INBA con motivo de esta exposición “50 años de la obra de Diego Rivera”, donde al final nos dan el crédito por haber montado esta sala. Desde entonces ya nos inclinábamos por admirar lo genial en la obra de los grandes, así como en la obra de otros que son igualmente grandes aunque quizás no igualmente famosos como Raúl Anguiano, Castro Pacheco, Alfredo Zalce, José Chávez Morado, Olga Costa, Cordelia Urueta y Gustavo Montoya.

-¿Cómo veía Berta a un gran artista como Diego Rivera?

A Diego lo veía yo como un maestro y él amablemente me recibía bien, siempre que le solicité una entrevista, me la concedió. Recuerdo que la crítica de arte belga Germaine Wenziner dijo que Diego Rivera podría ser el autor de la Coatlucue y si tú le reviertes: ¿podría, el autor de la Coatlicue, haber pintado los frescos del Palacio Nacional?, que bellissimo es esto, pero ¿qué sea una belga la que lo diga y no una mexicana?... Lamentablemente ella murió en un accidente automovilístico antes de que se publicara el catálogo de la exposición “Diego Rivera, 50 años de su labor artística (México, 1951),” donde escribió un gran ensayo que incluye esta cuestión.

-En su artículo Adiós a Tamayo, publicado en la revista Tiempo, señala que al morir el pintor “era uno de los artistas más importantes del siglo xx. Las líneas y planos que estructuran sus cuadros son las fundamentales del lenguaje plástico de fin de siglo, tanto por el poder de su imagen como por sentido de transvanguardia.” ¿Rufino Tamayo era diferente en cuanto a carácter a Diego?

Sí, totalmente; con Diego nunca comí ni departí en forma social, solo eran entrevistas de trabajo, únicamente anoto que siempre me las concedió, fueron pláticas importantísimas frente a un genio en su manera de actuar y de pensar y Rufino Tamayo fue un gran un amigo, teníamos pláticas muy interesantes estando Olga presente o él solo en su estudio, era otro tipo de

relación más bien social con una pareja totalmente encantadora e importante en la cultura de México. Siempre íbamos a su casa, a cenas, cumpleaños, fiestas, reuniones o simplemente a comer.

--Cuando estabas frente a Diego Rivera, su presencia era imponente como lo señalan algunos libros...

Si era muy imponente, era un hombre muy alto, con una inteligencia rápida y clara y muy objetivo, igual que Siqueiros a quien solo vi en dos ocasiones, él era un hombre nervioso, temperamental, muy iridiscente, pero solo pude captar su temperamento dos o tres veces que lo encontré brevemente, nunca pedí una entrevista con él.

--¿Cómo preparaba y hacía sus entrevistas con estos artistas?

Sobre todo me gustaba platicar con ellos, no iba a hablar tanto sobre el hombre sino de su obra, pero sí me gustaba tener un contacto directo con los creadores de obras maravillosas, como las que se muestran en este libro, por ejemplo, este retrato de Justino Fernández realizado por Cecil Crawford O`Gorman en 1936, padre de Juan O`Gorman, y todas estas imágenes que son obras maestras del arte mexicano y quise plasmar en un libro, para que la gente conozca la grandeza de nuestro arte.

La mirada colosal de Carlos Pellicer

--"La mirada colosal" es el tercer capítulo del libro, donde aparece la obra de Carlos Pellicer...

Es un ensayo sobre Carlos Pellicer, donde enfoco su obra como crítico de arte y sigo la misma línea de la continuidad histórica porque Pellicer sin referirse a una trilogía de obras maestras como Justino, es abierto a todos los periodos del arte mexicano, es un admirador del prehispánico y del moderno, es un apasionado de José María Velasco y además, es el fundador del Parque de La Venta en Tabasco.

--¿Cómo se da su encuentro con el poeta?

Fui su alumna en la secundaria No. 2, donde nos daba clase de historia de México, porque como decía él: "Soy un poeta, pero no soy un poeta rico, de modo que tengo que ganarme la vida dando clases en escuelas secundarias de educación pública", --sonríe--, y era otro de los maestros maravillosos que te dejan una huella para siempre. Quizá, aún antes de entrar a la Facultad y ser discípula de Justino, existe el ante-

cedente de que mi amor por la historia de México, lo inició Carlos Pellicer con su maravillosa clase en la secundaria.

--¿Cómo eran las clases del maestro Pellicer?

Yo era una adolescente de trece años y su clase se ceñía al programa educativo de la Secretaria de Educación Pública (SEP), es decir, el poeta se tenía que ajustar a los puntos indicados en el programa para darnos una idea de la historia de México de acuerdo al programa oficial.

Al salir de la secundaria tuve tiempo de buscar y leer su poesía y fui profundizando en la obra de este hombre singular, recuerdo que él decía: "yo no tengo más que tres lectores: Berta, uno de ellos es usted", así le gustaba hablar, en sentido irónico y humorístico.

Después, ya con el trato supimos que vivía en Las Lomas y ponía un nacimiento todos los años y encontramos el camino para visitarlo, cultivar su amistad y acercarnos a él. Recuerdo que a últimas fechas cuando estaba delicado de



Angel Mauro

salud, mi hermana Gloria y yo fuimos a recogerlo a su casa y al preguntarle como estaba, respondió que se sentía muy mal y le dijimos: ¡pero si trae muy buena cara!” y contundente señaló: “No estoy enfermo de la cara...” –sonríe–; siempre he admirado su poesía y en el libro publico un soneto que él me dedicó...

–¿Cuándo ya escribía crítica, le pedía algún consejo a Pellicer?

Nunca, siempre fui autodidacta, recuerdo que cuanto tomaba apuntes en la difícil clase del sociólogo español Recaséns Siches, yo lo escuchaba y no apuntaba lo que decía sino lo que yo interpretaba, siempre fui así, me gusta hacer una interpretación, mira, aquí está el soneto, ¿quieres leerlo?...

–El soneto escrito con letra manuscrita y fechado el 23 de febrero de 1954 dice: “Yo ya no estoy para decir “te quiero” y menos para que alguien me lo diga. Mi corazón que a todo se prodiga, es nieto de la lluvia y de un jilguero./ Yo sé que algo me falta y no que no puedo morir sin conquistarlo y no me excedo por adquirirlo. ¿Cuándo y hasta cuándo?/ Nadie me espera. Canto y nadie sabe, que lo que canto en el todo el aire cabe... y sigo entre la tarde, caminando.” Carlos Pellicer.

Este soneto me recuerda el primer soneto de Carlos Pellicer dedicado a Mateo Herrera, sobre el cual escribí el libro Mateo Herrera, un maestro leonés, para el Instituto Estatal de la Cultura de Guanajuato.

–¿Por qué lo recuerda?

Porque Pellicer habla de esta imposibilidad, en cierto modo, de amar a una mujer, cuando tiene 18 años, en el poema Mateo Herrera, también declara de manera magistral que para él ese campo va a estar vedado...

–Usted conoció al pintor y muralista Raúl Anguiano en la década de los años 50, ¿cómo fue este encuentro?

Conocí a Raúl Anguiano un día caminando cerca de La Esmeralda. Yo entré a trabajar a Bellas Artes en 1950, siendo mi padre Antonio Taracena, senador de la República por el Estado de Tabasco. Recuerdo que estudiaba Historia de México y me interesó principalmente la Historia del Arte Mexicano. Entonces le pedí a mi padre que me llevara a trabajar al Instituto Nacional de Bellas Artes, para lo cual nos entrevistamos con el director del Departamento, que era el gran músico

Carlos Chávez, quien le dijo a mi padre: “Antonio, ¿dónde quiere trabajar tu hija?”, y respondió: “Dice que en el Departamento de Literatura con Salvador Novo” y Chávez responde: “No, ahí nunca hay nada que hacer, pero la voy a mandar al Departamento de Artes Plásticas con Fernando Gamboa, donde sí hay mucho trabajo.”

Entonces, ya practicando con Gamboa, frecuentaba mucho La Esmeralda para conocer a los artistas; además estábamos preparando la gran exposición de 50 años de obra de Diego Rivera. Yendo por La Esmeralda, una tarde oí pasos detrás de mí, de repente alguien se me acercó, era el pintor Raúl Anguiano quien me preguntó si yo trabajaba también en Bellas Artes, y contesté: ‘Sí, me llamo Berta Taracena’. Él me dijo: ‘¿no le gustaría que le hiciera un retrato?’... Y comenzó a hacerme uno muy interesante, así como varios dibujos al carbón, pero el retrato en óleo no llegó a terminarlo por diversas circunstancias...

Fernando Gamboa y su legado

El libro de Berta Taracena también hace referencia a la difusión del arte mexicano que realiza Fernando Gamboa en Europa. “Eso es muy importante, aquí ponemos citas de cómo fue recibido el arte mexicano en todas las ciudades y museos del mundo donde Gamboa presentó la maravillosa exposición del arte mexicano, que consiste en obras prehispánicas, virreinales, modernas y contemporáneas.”

–¿Cómo era su trabajo con el museógrafo Fernando Gamboa?

No era un jefe en el sentido burocrático del término, era un hombre muy activo, muy inquieto, amante de su trabajo y nuevamente se vuelve a repetir esa línea que yo ya llevaba desde que me inicié en Historia de México con Carlos Pellicer de los periodos: el prehispánico, el virreinal, el moderno y el contemporáneo.

El Centro de Estudios de Arte Mexicano

–El capítulo cinco versa sobre el Centro de Estudios de Arte Mexicano, que tiene su sede aquí, en su casa, ¿cuál es su importancia?

Es necesario que todo esto se siga desarrollando y cultivando en un Centro de Estudios de Arte Mexicano para ocu-

parnos de la historia del arte mexicano, especialmente ahora que las nuevas tendencias tratan de pulverizar toda una tradición cultural y estética.

–¿Cuál es el panorama del arte mexicano en la actualidad y qué opina de las nuevas corrientes en el arte?

Yo no me estoy ocupando actualmente de este campo, sigo con los artistas que todavía pintan, dibujan y esculpen a la manera tradicional porque es más mi sentimiento y mi manera de pensar...

–Pero, ¿cuál es la opinión de Berta Taracena?

Bueno, son nuevas tendencias y yo respeto la libre expresión pero no me inclino hacia ellas, prefiero un trabajo con técnicas tradicionales.

–Respecto a la crítica en el arte, ¿qué caracteriza a las nuevas generaciones?

La crítica ya no se hace como cuando yo me inicié que había gente que se ocupaba de escribir sobre la exposición de la semana, porque la ciudad se ha modificado, ya no hay quien pueda hacer viajes a galerías o museos de un extremo a otro de la ciudad para hacer un trabajo semanal y además no tienen presupuesto en los periódicos ni espacio, ya no nos encontramos todos como antes en una sola exposición de Bellas Artes o del Museo de Arte Moderno o del Museo Nacional de Arte, te encontrabas a todo México, lo que llamábamos todo México cultural y artístico y ahora, en la enorme multiplicidad de galerías, museos y eventos nunca te encuentras una cara conocida, siempre son grupos diferentes y nuevos y ya no existe la crítica como antes.

En la época de Margarita Nelken, todo mundo se despertaba leyendo su artículo en Excélsior, para saber lo que había dicho de la exposición de la semana o del día anterior y muchos pintores decían que deseaban darle a Margarita “unas cucharaditas de vidrio molido”, –sonríe–..., es decir, la crítica como existía en esa época ya no existe.

La cultura mexicana: tiempo e historia

Y sigo revisando el libro junto con Berta Taracena, quien señala: “Mira, yo iba haciendo mi archivo con mucho cuidado, nunca tiré mis publicaciones, las fui formando y catalogando cronológicamente desde mi primer artículo hasta el último.

“Yo quiero en mi libro que la gente se guíe por la imagen porque no captan que tenemos pasado, hace falta la idea his-

tórica de la cultura mexicana...Aquí esta la Coatlicue, y aquí Pedro Cervantes y aquí el altar de los reyes, somos todo eso, debemos tener más respeto por nuestra cultura y no la siento así, ni amor por México. El Centro Histórico es uno de los más bellos del mundo y lo afeamos con los vendedores que se apoderan de este espacio y solo les importa vender baratijas y porquerías... No respetan, no saben que hay monumentos artísticos, ¡les vale madre!, así como diríamos, porque no tienen noción de la historia pero no solo el pueblo, ni la clase media, ni la clase alta sienten amor por México.

–Y a las nuevas generaciones tampoco se les inculca el visitar los museos, las librerías...

Bueno, pero si el adolescente o alguien como tú que se inclinó desde muy joven por esto, ¿quién te lo inculcó? nadie... Yo fui a la secundaria y ahí oí a Pellicer y a mis grandes maestros y no me lo tuvieron que inculcar ni me empujaron. El joven para ser libre solo debe ir escogiendo su camino, pero ahora no les veo ese entusiasmo, más bien se burlan, como eso de “ingenio mexicana”, ¿qué es eso?, como diciendo ¿cuál ingenio?, no podemos tenerlo porque somos nacos. No es buena esa manera de verse despectivamente, yo no diría: “por naca no puedo entender lo grande”, nunca me calificaría así...

–¿Cómo escribe sus artículos?

Casi siempre primero son notas manuscritas, luego se pasan en limpio, por eso es elaborado y como no uso computadora, a veces hago la primera impresión en mi vieja maquina de escribir y sobre eso, tacho, modifico y luego escribo una segunda versión tal como la voy a entregar, pero casi siempre primero hago una nota y luego ya paso en limpio el texto final.

Y llegamos a la parte final del libro que viene ilustrado con un recorte de periódico escrito por escritor argentino Ernesto Sábato que dice: “–Ojalá nunca alcancemos ese desarrollo, por lo menos como lo entienden las grandes potencias. Ustedes los mexicanos tienen la suerte de vivir en un país que guarda –dormidas, pero no muertas– civilizaciones antiguas que habría que rescatar del olvido, restaurar, poner al día, y que serían, quizá una tabla de salvación. Sólo el mito nos evitará perdernos como especie.”

anguianitos@prodigy.net.mx